

3. Suplica la venida del Señor pensando en las necesidades del mundo (Céntrate sólo en una por oración y piénsala despacio antes de dirigirte al Señor)

→ Los que sufren el hambre y la pobreza / los que se sienten tristes y en angustia / los que están solos o marginados / los que están presos de su pecado...

→ También suplica para que el Señor acreciente en tu corazón el deseo de vivir su voluntad para ir adelantando su venida.

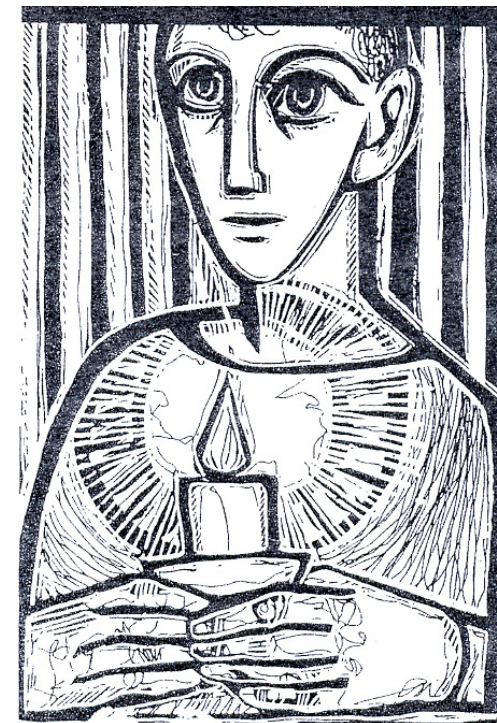
4. Para terminar fija tu fe en el Señor y recita, dirigiéndote a Él, esta oración (de Thierry Maertens) en voz alta:

Venga el día, Señor,
en que nuestra miseria encuentre tu misericordia.
Venga el día, Señor,
en que nuestra pobreza se llene de tus riquezas.
Venga el día, Señor,
en que nuestra senda encuentre la puerta de tu casa.
Venga el día, Señor,
en que nuestras lágrimas encuentren tu consuelo.
Venga el día, Señor,
en que nuestro gozo se expanda eterno en tu universo.
Venga el día, Señor,
en que tu Iglesia se vea envuelta por tu Reino.
Venga el día, Señor,
en que nuestros ojos vean tu rostro
y descubran que siempre estuviste viniendo,
que eras tú quien nos llevabas al hogar.

Oración común: Jueves, 17 de Diciembre (20'30). En San Andrés.

-----Centro Teológico San Ildefonso-----
-----Arciprestazgo de Zamora-ciudad-----

Esperando al Señor



¡Ven, Señor Jesús!
Cada año durante un mes así nos dirigimos a Cristo. Pero, ¿qué esperamos realmente? Más allá de las palabras que pronunciamos en la misa del domingo, nuestro corazón debe ensancharse para desear con verdad su presencia total.

Aquella presencia que empapará la tierra y la llenará de su justicia, de su misericordia, de su paz, de su consuelo, de su gloria.

Sólo si hacemos tiempo para escuchar los sufrimientos del mundo como un único dolor de humanidad y si tensamos nuestro deseo de salvación hacia Dios con una oración intensa, nuestra espera del Señor será verdadera y él podrá manifestarse a su tiempo como el esperado.

Te ofrecemos una guía de oración para que reces durante este adviento: no te importe repetir la oración. El Señor necesita de nuestra repetición para hacerse hueco en nuestro corazón.

María nos acompaña. Ella espera con nosotros que su Hijo lleve todo a plenitud. Ella que supo acoger la llegada primera nos acompaña en nuestra oración y en nuestra espera.

1. * Siéntate en un lugar tranquilo, a una hora tranquila y pon a tu lado una vela sin encender. Respira tres veces honda y lentamente. Luego al ritmo de tu respiración repite: *Señor, aquí estoy.*

* Ahora lee en alto:

Dichosos los criados a quienes el amo encuentre vigilantes al llegar. Os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y se pondrá a servirlos. Si viene a media noche o de madrugada y los encuentra así dichosos ellos.

* Enciende la vela y vuelve a repetir: *Señor, aquí estoy.*

2. Medita uno de estos textos (sólo uno por oración). Léelo despacio, un par de veces. Entiende lo que dice y piénsalo delante de Dios. Busca en tu interior con la ayuda de Dios los sentimientos que quiere provocar en ti, dónde quiere que mires (a tu vida, a la de los otros, a la del mundo), qué te pide, qué te ofrece...

Dios quiere encontrarse contigo en esta Palabra, dale tiempo a que pueda hablar a tu interior, no corras.

→ Alegraos y regocijaos los que llevasteis luto por el sufrimiento de Jerusalén. Así dice el Señor: Yo haré correr hacia ella, como un río, la paz; como un torrente desbordado las riquezas de las naciones. Como un niño al que su madre consuela, así os consolaré yo. Al verlo os alegraréis, vuestros huesos florecerán como prado. El Señor mostrará a sus siervos su poder. (Isaías 66, 10-14)

→ Buscad al Señor mientras se deja encontrar. Pues como la lluvia y la nieve caen del cielo y sólo vuelven allí después de haber empapado la tierra, de haberla fecundado y hecho germinar, para que dé simiente al que siembra y pan al que come, así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí de vacío, sino que cumplirá mi voluntad y llevara a cabo mi encargo. (Isaías 55, 6-11)

→ Al final de los tiempos estará firme el monte del Señor; sobresaldrá sobre los montes. Hacia él vendrán a él pueblos numerosos. Dirán: *venid, subamos al monte del Señor.* El nos enseñará sus caminos y marcharemos por sus sendas. Allí pronunciará su Palabra y juzgará con poder. Convertirán las espadas en arados, las lanzas en podaderas. No alzarán la espada nación contra nación, ni se prepararán para la guerra. Venid, caminemos a la luz del Señor. (Isaías 2, 1-5)

→ ¡Ay de los que se sienten seguros, que se creen poderosos entre los demás! ¿Acaso sois mejores que los demás? Queréis alejar el día del juicio, pero atraéis el reino de la violencia. Dormís en camas de marfil; os apoltronáis en divanes; coméis los corderos del rebaño; canturreáis al son del arpa cantos felices, bebéis vino en elegantes copas y os unguís con delicados perfumes sin doleros por la ruina de José. Por eso iréis al desierto. ¡Se acabó la orgía de los disolutos! Pues yo detesto la arrogancia de Jacob, odio sus palacios y entregaré todo lo que hay dentro a una nación que os aplastará. (Amós 6, 1-8)

→ El día del Señor vendrá como un ladrón en la noche, pero vosotros no vivís en las tinieblas y no debe sorprenderos. Vosotros sois hijos de la luz y no de la noche ni de las tinieblas. Por consiguiente no durmamos como hacen los demás sino vigilemos y vivamos sobriamente. Vivamos en la fe y el amor, y con la esperanza como fuerza para la lucha, pues estamos destinados no a la perdición, sino a la salvación por medio de Jesucristo. Vivamos unidos a él, animándonos y confortándonos mutuamente. (1 Tesalonicenses 5, 2-11)

→ Conocéis el tiempo que nos ha tocado vivir. Hay que despertarse del sueño, pues nuestra salvación está más cerca. La noche está avanzada y se acerca el día, despojémonos de las obras de las tinieblas y revistámonos con las armas de la luz. Portémonos con dignidad, como quien vive a pleno día. Nada de comilonas y borracheras; nada de lujuria y libertinaje; nada de envidias y rivalidades.

Por el contrario, revestíos de Jesucristo, el Señor y no fomentéis lo peor de vosotros mismos. (Romanos 13, 11-14)

→ Nosotros tenemos nuestra patria en los cielos, donde esperamos como salvador a Jesucristo. Él, en virtud del poder que tiene para someter todas las cosas, transformará nuestro mísero cuerpo en un cuerpo glorioso como el suyo. Por tanto, hermanos míos, manteneos firmes en el Señor. (Filipenses 3, 20-4, 1)

